

EL DESEO DE LAS DEMAS ES CUTRE, AMIGAS, EL MIO NO

- * A MODO DE INTRODUCCION
- * ENTRE TINIEBLAS
- * EN LA VARIEDAD ESTA EL GUSTO
- * ESE OSCURO OBJETO DE DESEO
- * AQUI TE PILLO, AQUI TE MATO
- * A MODO DE ANEXO: UNA FANTASIA, UN SUEÑO, UNA REALIDAD



Presentada por:

Nieves García,
Ely Fernández,
Celina Rastrollo,
Teresa Millán,
Cristina Garatzabal.

Del Colectivo de Feministas
Lesbianas de Madrid

Jornadas feministas contra la violencia machista

Santiago, diciembre de 1988

A MODO DE INTRODUCCION

Esta ponencia la presentamos cinco mujeres del Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid llevadas por el interés de profundizar, un poco más, en asuntos como el deseo sexual, las fantasías y todo el mundo inconsciente con el que todo ello, en alguna medida, se relaciona. Son temas que surgían de manera más o menos explícita en diferentes debates que hemos tenido en el Colectivo: la discusión del NOSOTRAS nº 6, las que hemos tenido sobre PORNOGRAFIA y, en general, cuando intentábamos, en los últimos meses, explorar un poco más sobre NUESTRA SEXUALIDAD...

Nos costó empezar, pero el trabajo que hemos hecho nos ha resultado muy positivo ya que, entre otras cosas, nos ha permitido hablar de las vivencias tan variadas que tenemos y poner en común aspectos de nuestra sexualidad que más de una vez hemos vivido contradictoriamente. Esperamos que el resultado de estas discusiones pueda servir, por lo menos, para provocar entre vosotras debates tan animados y succulentos como han sido los nuestros. ¡Ahí es nada!

ENTRE TINIEBLAS

Hablar sobre fantasías es ya una primera dificultad. Poner palabras, nominar aquello que expresa lo más profundo de nuestra estructura psíquica y que forma parte más de nuestro inconsciente que del consciente implica ya una cierta "manipulación" de aquéllas. Implica expresar con mecanismos propios del consciente -la palabra- aquello que en la mayoría de los casos está más cerca del inconsciente: las percepciones, las sensaciones, los sonidos, las imágenes...

Nos cuesta hablar de fantasías, también, porque entroncan con cosas inexplicables, para las que no tenemos palabras. Entroncan con ese

núcleo desconocido de nosotras mismas, núcleo que se manifiesta, no obstante, de formas variadas, sublimadas, con su propio lenguaje, que no es el de la lógica racional, pero que de una u otra manera nos da señales de que está ahí: el INCONSCIENTE. Está en aquellos actos, nombres que no podemos recordar a pesar de sernos muy cotidianos. Está, por ejemplo, en los actos fallidos -cuando en lugar de decir lo que queremos, sin querer nos sale otra palabra-; en la conmoción que nos produce escuchar una música, oír una poesía, aspirar un olor...; en los sueños; en las fantasías que acompañan a nuestro deseo sexual y que hacen que éste manifieste de una u otra forma; en aquéllo que nos produce asco, repulsión, que nos inquieta sin saber por qué y que se acerca a la noción de "lo siniestro", sensación que va más allá de las razones por las que lo rechazamos...

Sabemos, a través de todo esto, que nuestro inconsciente está ahí, pero a veces preferimos negarlo, olvidarlo, reprimirlo... porque nos da miedo. Miedo a lo desconocido, a lo oscuro de nosotras mismas, a lo que no tiene explicación lógica... Y sin embargo, no porque lo negemos deja de estar, de manifestarse. No podemos dejar de soñar, de desear, de fantasear... Y, en el caso de que tal cosa fuera posible, nos convertiríamos en seres perfectamente lógico-rationales, o en una especie de máquinas programadas. Pero, sin deseos, sin sentimientos, sin pasiones... seríamos "otra cosa", no seres humanos.

Sabemos del inconsciente por sus manifestaciones sublimadas, elaboradas, reprimidas, sintomáticas, patológicas, etc. Manifestaciones siempre tamizadas por la censura. En los sueños, cuando la censura consciente se relaja, es donde se manifiesta más claramente. Y lo hace a través de su propio lenguaje, de sus leyes que tienen poco que ver con aquéllas que rigen nuestro pensamiento consciente, con la

ideología que intentamos presida nuestros comportamientos colectivos e individuales. Sueños y realidad son mundos diferentes que tienen sus propias claves, sus propios códigos. Nuestra personalidad es la expresión de complejos equilibrios entre fantasías y realidad, aspectos conscientes e inconscientes, deseos y frustraciones... Conocer mejor los impulsos más inconscientes que subyacen y a veces, en parte, están detrás de nuestros actos, amplía la capacidad de actuación voluntaria en el ámbito de la realidad. Y es precisamente en este terreno, el de la realidad, donde la ideología y los principios éticos adquieren su verdadero carácter: servir de guía para movernos en ella intentando transformarla.

El inconsciente, en ocasiones, nos resulta tenebroso. Y ciertamente puede serlo. Es, en parte, "ese cuervo que nos acecha buscando la carroña de nuestra infelicidad" como lo llamó Montserrat Roig y "que es hijo de un pasado injusto y cruel" que rechazamos por posición ideológica.

Pero el inconsciente no es sólo eso. Es también el lugar donde se inscriben nuestras percepciones, tanto internas como externas. Así, la huella de las primeras y más tempranas caricias sobre nuestra piel. Así, el vestigio de la desazón que nos producían las señales que daban los distintos órganos de nuestro desprotegido cuerpo de bebé. Así, la impresión de las primeras percepciones visuales, de los primeros placeres y displaceres... Y, sobre todo, del inconsciente, de sus profundidades emerge, también, el deseo sexual, la pasión. En él, hunden sus raíces nuestras fantasías sexuales, todo aquello que de irracional, inexplicable tiene la pasión amorosa.

Sabemos, por las explicaciones del psicoanálisis, que el DESEO está vinculado a la satisfacción de las primeras necesidades y que es el motor de nuestra actividad mental. Hay una buena parte de deseos conscientes, otros inconscientes; hay deseos contruidos, a lo largo de nuestra historia individual, relacionados con las situaciones sociales en las que nos movemos; los hay, no reconocidos; otros vividos como tales, pero que no alcanzamos a explicar su porqué; otros, sin más, reprimidos.

El deseo sexual, tiene sus raíces en el inconsciente. De ahí nace su fuerza. No podemos explicar por qué tal persona nos lo despierta y si lo intentamos, las respuestas que nos damos son siempre parciales, incompletas, cuando no, algo tramposas. Han intentado explicarnos, por ejemplo, por qué hay mujeres que deseamos sexualmente a otras mujeres. Nosotras sabemos -más allá de la falsedad de sus respuestas- que no tiene sentido buscar explicaciones a nuestro deseo. En algunas el deseo lésbico se ha manifestado desde que tienen memoria y ha perdurado a pesar de las presiones sociales en contra. Su fuerza ha podido más que todos los anatemas lanzados contra ellas. En otras, héteros desde que recuerdan, un día, una mujer les despertó el deseo sexual. Una mujer como tantas otras a las que aquéllas habían querido y que consideraban amigas. Pero fue una, en concreto, la que despertó en ellas el fuego de la pasión.

¿Qué es lo que hace que sea una mujer y no otra la que en un momento determinado despierte nuestro deseo sexual? ¿ Por qué a una misma mujer la vemos, la sentimos, a veces como amante, a veces como amiga? Estas preguntas no tienen una respuesta global. La clave de buena parte de las posibles respuestas está en eso que llamamos inconsciente.

EN LA VARIEDAD ESTA EL GUSTO

En el movimiento feminista hemos hablado mucho sobre sexualidad. Hemos hecho hincapié en la necesidad de conocer nuestro cuerpo, de saber cómo responde. Hemos reivindicado el clítoris frente a todos aquellos que proclamaban que la vagina era nuestra zona erógena fundamental y casi exclusiva. Hemos dado charlas, cursillos enseñando a otras mujeres el autoconocimiento. Hemos cuestionado la penetración como la única forma socialmente aceptada de llegar al orgasmo en las relaciones heterosexuales. Hemos cuestionado la heterosexualidad como norma y defendido el deseo lésbico como legítimo y posible para todas las mujeres. Hemos hecho realmente mucho en el terreno de cuestionar el modelo sexual dominante.

Pero quizás hemos hablado poco de algunos elementos del deseo sexual. Nos cuesta hablar de esa parte más inconsciente y escondida -de nuestro deseo que se expresa a través de las fantasías y que es un elemento central del desarrollo de la sexualidad. Pero, si no lo hiciéramos, nos limitaríamos a dejar la sexualidad convertida en una recopilación de recetas, un manual de técnicas varias para conseguir una buena excitación física. Concepción, por otra parte, tan de moda hoy entre los sexólogos.

Que la sexualidad no es una recopilación de técnicas y normas parece que está claro. E igualmente lo está, que las normas y leyes sociales van configurando nuestro deseo, intentando conformarlo y someterlo a aquello que se considera "correcto" socialmente. (No vamos a extendernos en esta cuestión, pues ha sido ya suficientemente denunciado desde el movimiento feminista el modelo dominante de heterosexualidad androcéntrica por el que se nos intenta hacer pasar a todas). No es menos cierto, también, que esta norma social se va entroncando

en historias personales muy diversas, en características individuales, en cuerpos que son diferentes -y no nos referimos sólo a la diferencia de sexo, sino al hecho de que han sido estimulados y tocados de forma particular, de cuerpos que miran y son mirados de formas muy variadas-. Y precisamente porque el deseo es plástico, dúctil y polimorfo es por lo que existe una gran variedad de manifestaciones sexuales. Así pues, una de las claves para analizar la sexualidad desde el movimiento feminista debe ser la no aceptación de la uniformidad sexual y partir del reconocimiento de la variedad sexual, de las diferentes formas como se manifiesta el deseo (sea éste heterosexual, lésbico u homosexual).

ESE OSCURO OBJETO DE DESEO

¿Cómo imaginar una sexualidad libre, en una sociedad donde no exista la división de géneros propia de esta sociedad patriarcal? Todavía es costoso que en nuestra sociedad se nos reconozca a las mujeres como seres sexuales. Se diría que mientras que los hombres tienen reconocido socialmente el derecho a desear sexualmente, no ocurre lo mismo con las mujeres. La pasión es definida como masculina, el romanticismo como femenino. Las mujeres hemos sido clasificadas en buenas (esposas-madres) o malas (prostitutas), según respondiéramos de una u otras manera al deseo sexual. Y esta clasificación no es sólo una imposición externa a nosotras, sino que, de muy diversas maneras, la hemos interiorizado profundamente.

Nos hemos sentido "malas", cuando hemos tomado la iniciativa más de lo que nos han dicho que era conveniente; cuando hemos sido más activas en la cama de lo que se debe esperar de una buena chica.

Nos hemos sentido peor aún que "malas" al reconocer que nos atraía otra mujer; peor aún cuando en nuestras relaciones lésbicas parecía que adoptábamos comportamientos masculinos, cuando nuestra indumentaria, nuestros gestos, ademanes, recordaban a los de los chicos. ;Y no digamos ya cuando nuestra compañera "iba de femenina"! Nos hemos sentido mal, autocensurándonos hasta el punto de llegar a ocultarlo, cuando después de años de relaciones lésbicas es un hombre el que, de pronto, despierta nuestro deseo. Nos hemos sentido "malas" cuando fuera quien fuera nuestra pareja sexual, hemos sido "excesivamente" activas o "excesivamente" pasivas, como si la libertad en las relaciones sexuales se pudiera confundir con "ir al cincuenta por cien".

De tal manera nos hemos llegado a sentir así que parece, que ni tan siquiera en el terreno fantasioso podamos permitirnos manifestar el deseo sexual "puro y duro" si no está revestido de una historia romántica que lo suavice, que lo legitime.

Nos cuesta reconocer, por ejemplo, que nos excita fantasear con ser folladas violentamente por alguien -sea hombre o mujer-, desconocido...; que nos excitan fantasías en las que una mujer nos arrincona contra una pared para restregar violentamente su sexo contra el nuestro...; que igualmente nos sentimos excitadas cuando -sea cual sea el sexo de nuestra pareja erótica- fantaseamos con alguien del sexo contrario; igualmente nos cuesta admitir que nos excita fantasear con el culo como elemento erótico fundamental, utilizando la expresión gráfica "que nos den por culo" para expresar aquellas fantasías en que nuestro culo es deseado, tocado, estrujado, penetrado o que somos nosotras las que lo hacemos con otro culo, sea masculino o femenino; mas aún, nos resulta costoso aceptar que la fantasía que nos excita es aquella en la que un animal nos lame el sexo...

Tememos reconocer el sexo sin nombre, sin cara, sin elementos románticos que rodeen, que justifiquen esa excitación... Y, sin embargo, nos atraen, nos estimulan algunas de nuestras fantasías eróticas. ¿Deberíamos culpabilizarnos por ello? ¿Deberíamos renunciar a ellas? ¿Tendríamos que intentar modificarlas cuando no se corresponden con nuestra ética, con nuestras convicciones feministas?

Llegadas a este punto, quizás, la primera cosa que conviene recordar es que fantasías y realidad se mueven, se desarrollan en dos planos diferentes. Que las fantasías, al igual que los sueños poseen una realidad propia y no conducen necesariamente a ninguna otra parte, excepto a sí mismas. Pueden representar aspectos diferentes de nuestro deseo, de nuestra conducta sexual, y esto no quiere decir que, una vez desvelados y conocidos, estemos obligadas a llevarlos a la práctica en nuestra vida cotidiana. Antes al contrario, pensamos que reconocer nuestros deseo más íntimos nos amplía la capacidad de decidir realmente qué queremos hacer con ellos en la realidad; nos amplía la libertad de optar realmente en función de nuestra ideología, de nuestra ética, de nuestras convicciones feministas, y nos permite, al mismo tiempo, ser cada vez más capaces de diferenciar el campo de los sueños, fantasías y juegos, del de la realidad. Ser cada vez personas más autónomas y menos niñas confusas que temen salir de casa por miedo a que aquel lobo con el que acaban de soñar las aceche en cualquier esquina.

En esta lucha por reconocer nuestros deseos conviene no olvidar, además, que las fantasías tienen su propio lenguaje, sus propios códigos. Son manifestaciones de aspectos de nuestro deseo, pero el deseo que expresan no tiene por qué corresponderse con la imagen o las imágenes utilizadas para ello. Así, las fantasías de violación que algunas mujeres tienen, lejos de implicar un deseo de ser violadas, expresan aspectos emocionales que las hacen absolutamente diferentes de los

sentimientos que motivan la misma situación cuando ésta se da, no en la fantasía, en los sueños, sino en la realidad. De este modo, mientras en la fantasía eres tu misma la que maneja la situación (la mujer es, así, activa), en la realidad son los otros quienes manejan a la mujer que la padece; en la fantasía sacas una ventaja, es un triumfo (te corres), mientras que en la realidad es una humillación, una vejación.

Conviene pues, como venimos diciendo, no confundir fantasía y realidad. Luchar contra los miedos que nos despiertan nuestros deseos, atrevernos a explorarlos sabiendo que se expresan, entre otras muchas formas, a través de nuestras fantasías. Y que éstas no pueden ser analizadas, ni con los mismos criterios, ni con los mismos instrumentos, ni de la manera como analizamos la realidad.

Y no sólo eso. Las fantasías nos permiten unas posibilidades de gozar no sujetas a los límites del cuerpo y de la realidad, nos devuelven sensaciones corporales olvidadas durante años o ni siquiera registradas conscientemente; amplían nuestra capacidad de sentir, experimentar y gozar. ¿Por qué perdémoslo, llevadas por un extraño miedo a "pasarnos"?

Con ello no queremos decir que sea mejor tener fantasías a no tenerlas. Nada más ajeno a nuestras opiniones. Por el contrario, pensamos que cada cual ha de sentirse muy libre, nada coaccionada en este terreno y, de la misma manera que creemos que hay que tener un cuidado exquisito para que nadie pueda interpretar que se establecen jerarquías entre quienes fantasean y no lo hacen, igualmente nos oponemos a que se considere peor tener determinadas fantasías porque no se correspondan con nuestros criterios éticos. ¿Cuáles son nuestras razones?

En primer lugar, no queremos culpabilizarnos, ni culpabilizar a otras mujeres. Somos de la opinión de que el feminismo debe servirnos,

también, para vivir mejor nuestra sexualidad y no para reprimarnos o para crear nuevas categorías morales. Además, no le vemos sentido a cambiar nuestras fantasías. Amén de que sería ciencia-ficción, de que es imposible, aún en el caso de que lo fuera, no vemos en qué podría repercutir todo ello en el avance de las mujeres en el camino de nuestra liberación. ¡Cambiemos, pues, nuestra realidad y dejemos en libertad nuestros sueños, que éstos ya se irán transformando en los aspectos más relacionados con la realidad!

AQUI TE PILLO, AQUI TE MATO

Más arriba decíamos que la mayoría de nosotras vivimos mal tener determinadas fantasías, que nos vivimos como formando parte de las "malas mujeres". ¿No puede ser que todo ello responda, no sólo a que las censuramos guiadas por nuestra ideología feminista, sino también a la mala vivencia que las mujeres tenemos de la sexualidad? Por otra parte, las fantasías son sólo producto de la opresión de géneros propia de la sociedad patriarcal o responden también a otros elementos?

Si una cosa parece clara, es que la sexualidad -al menos tal y como la vivimos en sociedades como las nuestras- está asociada, en una u otra medida, a componentes de agresión y poder. En numerosos ensayos feministas se ha analizado y denunciado algunas de las causas por las que se da esta asociación. Una sociedad basada en la opresión de un sexo por otro y en la explotación de la gran mayoría por una minoría, necesita de la violencia para mantener ese estado de cosas. Y esa violencia -brutal en ocasiones, sutil en otras- impregna hasta los recovecos más últimos de nuestras emociones, y también las manifestaciones de nuestra sexualidad.

No es extraño, pues, que inmersas en una sociedad opresiva y violenta, nuestro deseo y nuestras relaciones reflejen, en parte, esta

violencia. Y no sólo eso, sino que -como viene analizando y denunciando desde hace años el movimiento feminista en sus actividades contra la violencia machista- esta sociedad, de muy diversas formas y maneras, por como está montada, avala, da por buenos o se muestra condescendiente con comportamientos agresivos hacia las mujeres.

No obstante, a la vista del componente de agresión y poder que muchas veces se refleja en nuestros juegos y fantasías sexuales, nos hemos preguntado si éstos son únicamente reflejo de la sociedad patriarcal o responden también a otros elementos relacionados con la constitución biológica de los seres humanos y con nuestras experiencias más tempranas.

Con ello entramos en un terreno resbaladizo, que consume muchas energías en las diferentes escuelas psicológicas y filosóficas. Naturaleza versus cultura, instinto versus aprendizaje... son polos dicotómicos presentes siempre en este tipo de discusiones.

No nos convencen las tendencias esencialistas que atribuyen a la sexualidad una naturaleza ahistórica y al margen de las condiciones sociales. Pero tampoco nos convence el reduccionismo en el que, a veces, se cae al considerar a la sexualidad simplemente como "construcción cultural", como reflejo, sin más, de las estructuras sociales.

Hay otras tendencias que explican cómo ese componente de agresión presente en la sexualidad está ligado a las experiencias más tempranas, a la necesidad de incorporar objeto (chupeteo...), a la necesaria agresividad que tenemos que desarrollar las indefensas crías de la especie humana para separarnos e individualizarnos de una madre todopoderosa... Incluso, desde el punto de vista biológico, parecería que las conductas sexuales y agresivas son controla-

das por los mismos circuitos neurohormonales (Gilbert Tordjam. Violencia, sexo y amor. Edit. Gedisa. Barcelona)

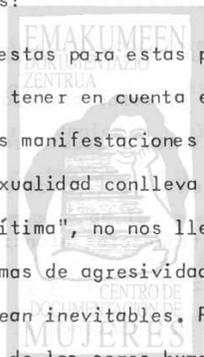
¿Explicaría esto en parte por qué nos excita un cierto nivel de juego agresivo en las relaciones sexuales? ¿Tendríamos aquí claves para entender el por qué del sado-masoquismo? Teniendo en cuenta estas últimas tendencias de pensamiento, a las que nos hemos referido en el párrafo anterior, el deseo de ser penetradas ¿responde sólo a la interiorización del modelo sexual dominante? ¿No habría también, una parte del deseo que surge del hecho de tener un agujero -la vagina- que, al igual que otros, como la boca o el ano, se erotiza con la introducción de objetos?

No tenemos aún respuestas para estas preguntas. No obstante, creemos que tiene interés tener en cuenta estos elementos a la hora de analizar y discutir las manifestaciones de nuestro deseo. A nosotras contemplar que la sexualidad conlleva elementos de agresividad que podríamos llamar "legítima", no nos lleva a considerar que el grado y las múltiples formas de agresividad y violencia que hoy se dan en nuestra sociedad sean inevitables. Por el contrario, creemos que la agresividad propia de los seres humanos puede ser socialmente mitigada, potenciando un sistema de valores igualitarios, solidarios, de respeto mutuo y canalizada y sublimada, por ejemplo, a través de los juegos sexuales y fantasías. O por el contrario, puede exacerbarse hasta límites de violencia extrema, como se da tan abundantemente en nuestra sociedad.

A muchas de nosotras nos gusta jugar a resistirnos sexualmente, a pelearnos en la cama, a rendirnos o a atacar. ¿Tenemos que renunciar a jugar con el poder en el ámbito de la sexualidad? ¿No se trataría, más bien, de compartirlo, de usarlo o no usarlo, a placer,

cuando queramos, sin normas ni pautas fijas? ¿de conseguir, también, así, cotas más altas de goce sexual, de placer tanto para nosotras como para nuestras compañeras o los compañeros sexuales de otras?

La desaparición de ese cierto grado de agresividad con el que jugamos y gozamos sexualmente ¿no podría acabar matando el deseo?



Una fantasía, un sueño, una realidad

Estaba oscuro cuando me desperté sobresaltada, miré al otro lado de la cama y parecía que ella estaba allí, me deslicé suavemente para encontrar su hombro desnudo y sólo encontré la almohada desplazada más de lo habitual. No había sido precisamente un reposado sueño.

Despuntaba el día y, a pesar del cansancio infinito que sentía, no podía volver a dormir. Me di cuenta de que mi boca tenía un cierto sabor entre amargo y ácido. Pasé la lengua despacio por mis labios. El olor, el sabor y el calor que desprendían eran muy recientes. Las imágenes comenzaron a aparecer. La lengua, los labios, prácticamente la cara entera había sorbido, chupado y acariciado su clitoris, el negro vello de su pubis, el túnel rugoso de su vagina, en donde mi lengua se había quedado atrapada unos instantes.

Cada vez las imágenes eran más intensas y el ritmo a que se movía mi cerebro más rápido. Comencé a respirar fuerte, hondo. Con fátiga y placer me removí entre las sábanas revueltas e intenté atrapar esas imágenes. Mis manos ya no podían detenerse, se pusieron a pasear por mis pechos, por los recovecos de las caderas, los muslos, el pubis. Me estaba erotizando de una manera tan compulsiva como hacía tiempo que no recordaba. Ya no estaba sola, mientras yo encontraba los turgentes de mi vulva, ella atravesaba cada centímetro de mi cabeza, enredaba sus dedos en mi pelo, me comía las orejas tan fulminantemente que, incluso, me hacía daño. No me importaba, cada

vez que mordía fuerte, notaba más y más las mejillas encendidas.

Súbitamente, encontramos otro paisaje. La cama, las sábanas, el olor a sexo y flujo se mezclaban con el olor tamizado de las gotas de rocío y el verde de la yerba. En aquella montaña enormemente alta, había una niebla espesa que todo lo envolvía. Estábamos perdidas, sin ruta para descender, sin ánimo de encontrarla. Seguimos jadeando. Con los cuerpos cubiertos de sudor y deseo, apretadas una contra la otra comenzamos a beber el rocío que resbalaba de cada poro de nuestra piel, la niebla dejaba gotas de plata que nos cubría enteras, incluso, de las pestañas se podía beber. El agua llenaba nuestras bocas y el cuerpo se nos inundaba de "chorros" de líquido. Nuestros sexos eran puro licor.

Abandonadas a la pasión y el deseo, el tiempo fue descubriendo la niebla. Nuestras siluetas entrelazadas se dibujaban cada vez más entre la yerba, la tierra, el barro. La irregularidad del terreno estaba salpicada de pequeñas y moradas flores silvestres que nos acariciaban. Jugamos a perseguirnos, a escondernos. Miré a mi alrededor y había desaparecido. ¡Tan bueno era tu escondite! Grité tu nombre con fuerza, y lo único que encontré fue el coro del eco.

Volví a removerme en la cama, abrí más los ojos y allí estabas. Amanecía. Sorprendida de que dijera tu nombre en voz alta, me mirabas extrañada. Sin hablar me besaste en el cuello, yo te cogí con fuerza y te llené de besos la cara. Tus ojos mostraban cada vez más sorpresa. Insinuaste que era la hora, que debías marchar ya, llegabas tarde. No te dejé. Deslicé tu blusa desde tus brazos hasta la cintura. Tus pechos se movieron con efusión, ingenuos y picarones se insinuaron ingeniosamente. Volviste a decir ... llego tarde ... Que-

daste muda de nuevo, tu respiración se aceleraba, te estabas excitando cuando mis manos se deslizaron entre tus bragas ...

Ese día no fuiste a trabajar.

fantasía erótica y el deso de tenerlas

CELINA



LA PROSTITUCIÓ A DEBAT



MARIA JOSE BOYER

Col·lectiu Anti-agressions
(Comissió de Dones 8 de Març - València-)